

Varios
p. 7

NICOLAS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE

11(394-9) p1

Diario de viaje de Talca a Cádiz en 1783

CON UNA INTRODUCCIÓN BIBLIOGRÁFICA Y NOTAS DE
RAFAEL A. SOTO



IMPRENTA UNIVERSITARIA

ESTADO 63 : SANTIAGO DE CHILE : 1942

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Diario de viaje de Talca a Cádiz
en 1783

NICOLAS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE

Diario de viaje de Talca a Cádiz en 1783

CON UNA INTRODUCCIÓN BIBLIOGRÁFICA Y NOTAS DE
RAFAEL A. SOTO



IMPRENTA UNIVERSITARIA

ESTADO 63 : SANTIAGO DE CHILE : 1942



1.—APUNTES BIOBIBLIOGRÁFICOS.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, publicista chileno domiciliado en Cádiz desde su juventud, vivió de 1760 a 1828. Son obras suyas: la versión española (1795) (1) del *Saggio della storia civile del Chili* (1787), libro escrito por su paisano el Abate Molina, y la extensa crónica intitulada *Vioje de España, Francia e Italia* (1806-1813) (2), en la que el autor nos describe el que hizo por dichos países en los años de 1797 a 1799.

A estas dos obras, que se imprimieron en España, y que

(1) El título completo de esta traducción es el siguiente: *Compendio de la historia civil del reino de Chile, escrito en italiano por el Abate Don Juan Ignacio Molina. Parte segunda, traducida al español, y aumentada con varias notas por don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. En Madrid. En la Imprenta de Sancha. Año de MDCCXCV*

La traducción de la primera parte, publicada en 1788, lleva este título: *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reino de Chile, escrito en italiano por el Abate Don Juan Ignacio Molina. Primera parte, que abraza la historia geográfica y natural, traducida en español, por don Domingo Joseph de Arquellada Mendoza, individuo de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, y Maestrante de Ronda. En Madrid, por Don Antonio Sancha. Año de M. DCC.LXXXVIII.*

Para las versiones de esta obra a otros idiomas, que son indicio de la gran popularidad que tuvo en su tiempo, véase la *Estadística bibliográfica de la literatura chilena*, de Don Ramón Briseño, vol. I, págs. 529-530.

(2) *Vioje de España, Francia e Italia*, 14 tomos en 11 volúmenes, Madrid, Cádiz, 1806-1813 (vols. 1-7, en Madrid; vols. 8-14, en Cádiz).

son, según parece, las únicas que de él se conocían hasta hoy, pues no citan otras bibliografías chilenas, podemos agregar otra cuyo manuscrito, inédito aún, se halla en la Biblioteca de la Universidad de Lehigh, habiendo pertenecido antes al librero alemán Gustavo Fock, de Leipzig. Por su contenido, viene a ser esta nueva obra una especie de suplemento al *Viaje* arriba mencionado, cuyo asunto presenta ahora el autor desde un nuevo punto de vista, el anecdótico. Así, por lo menos, nos lo dan a entender su título y prólogo; aunque, a decir verdad, Cruz y Bahamonde desatiende con frecuencia su papel de narrador, ya para extenderse en comentarios sobre problemas económicos, que tan especialmente le interesaban, ya para engolfarse en disquisiciones históricas que le permiten dar expresión a sus creencias y odios políticos. Por su forma el manuscrito presenta el aspecto de una obra que se hallaba todavía en estado de preparación, lo cual puede que explique, en parte, sus más graves defectos de lenguaje y estilo, así como también la escasez de sustancias que se nota en algunas de las «anécdotas». Esto, unido al hecho de que en varios pasajes del manuscrito, se repiten cosas que ya estaban dichas en el *Viaje* impreso, nos ha hecho desistir de nuestro primitivo intento de publicar el texto completo. El siguiente fragmento, fielmente transcrito del original, lo constituyen los dos primeros capítulos de éste, que son, a nuestro parecer, la parte mejor y más interesante y la única completamente nueva. Mas, para que se tenga una idea de este curioso documento en su totalidad, vamos a exponer algunos detalles con relación al mismo, procurando no ser demasiado prolijos.

El título del manuscrito es el siguiente: *Anécdotas al Viaje de D. Nicolás de la Cruz Bahamonde, Conde de Maule, Académico de Honor de las de S. Fernando, S. Carlos de Valen^a. y S. Lucas de Roma y correspond^{te}. de la de la Historia, ex-Diputado a Cortes, y Socio de Número de la Sociedad de Amigos del Pays de Cádiz. Tomo I.* No tiene fecha, pero según dicho título, habría que admitir que su redacción es posterior a 1821, época en que Cruz y Bahamonde ya no era Diputado. Algunos pasajes, no obstante,

parecen haber sido eseritos con anterioridad a dicho año; y si a esto se añade que la palabra «ex-Diputado» fué interpolada por el autor después de escribir el título, es admisible la posibilidad de una fecha anterior, pero en todo caso posterior a 1814.

Consiste el manuscrito de dos borradores en papel de hilo, tamaño $12 \times 8\frac{3}{4}$ pulgadas. El primer borrador, sin división de ningún género en el texto, llega hasta el lugar en que termina el Capítulo IV, Libro II, del segundo borrador. En éste el autor copia lo que ya llevaba escrito y prosigue hasta terminar el tomo. Ambos borradores contienen numerosas enmiendas y adiciones, ya en el texto mismo o sus márgenes, ya en pedazos de papel sueltos. Ciertas dudas en cuanto al texto del segundo borrador, del cual son parte los dos capítulos aquí publicados, han sido resueltas mediante el cotejo con los pasajes correspondientes en el primer borrador. Este nos ha servido, además, para determinar el contenido del pliego 19, que falta en el segundo borrador.

No cabe duda de que Cruz y Bahamonde tenía en proyecto continuar el relato empezado en el presente manuscrito. Así lo indican el principio y final de éste. Además, al terminar esta parte del relato, a Cruz y Bahamonde le faltaba todavía contar los sucesos de su viaje de regreso de París y los de sus «paseos» por España hasta el momento de su vuelta final a Cádiz. En la forma en que ha llegado a nosotros, el tomo I y único está dividido en dos «libros», conteniendo el primero cuatro capítulos, y cinco el segundo. El manuscrito lo forman 36 pliegos de dos fojas, con un total de 143 páginas. La paginación indica el orden de los pliegos, no el de las páginas.

El objeto que se propuso Cruz y Bahamonde al emprender dicha obra, está expresado en la «Pequeña Advertencia» que coloca al principio del manuscrito, en la cual dice textualmente lo siguiente:

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Cuando determiné dar al público el Itinerario y Relación de mis viajes que se han impreso en 10 (3) volúmenes en 8.º mayor, solamente me propuse

(3) La edición que conocemos consta de 11 vols. Véase la nota (2).

la descripción de los objetos más curiosos, reservando para después la publicación de las anécdotas. Estas, me ha parecido conveniente extenderlas no solam^e a los viajes de Europa, sino también a los de América desde que salí de la ciud^d. de Talca, pays de mi nacim^{to}. hasta mi arribo a Cádiz.

No he perdido de vista la corrección de algunas erratas y equivocaciones que por la aridez de la impresión del utl^o. tomo sin insertar en el Apéndice.

Atendiendo al contenido del manuscrito, puede dividirse éste en tres partes:

1.^a Capítulos I y II: Viajes de América. Comprenden un «paseo» (1782) desde Talca a Concepción, en donde Cruz y Bahamonde conoce a don Ambrosio O'Higgins, a la sazón gobernador de esa ciudad, y su viaje (1783) de Santiago a Buenos Aires y a Montevideo y desde esta ciudad a Cádiz. Son de bastante interés en el relato: la historia de dos comerciantes, uno vizcaíno y el otro guatemalteco, que se establecen en Chile, creándose allí inmensas fortunas, los varios incidentes que le ocurrieron a Cruz y Bahamonde en los Andes y en las Pampas, sin duda la parte más interesante del relato; así como también sus impresiones de las dos ciudades rioplatenses en los momentos en que éstas ya daban señales del cambio que trajo consigo la reforma comercial de 1778.

2.^a Capítulo III, que trata de diversas materias, y abarca el período comprendido entre la llegada de Cruz y Bahamonde a Cádiz y el fin de la Guerra de la Independencia. Cruz hace un ligero bosquejo de la situación internacional, en el que lamenta la necesidad de que España se viese obligada, siempre con perjuicio de sus intereses, a tomar unas veces el lado de Inglaterra y otras el de Francia, en el duelo a muerte que se había trabado entre estas dos naciones. La mayor parte del capítulo la dedica a describir el comercio de Cádiz hacia 1784 y los obstáculos que se oponían a su progreso. Uno de estos obstáculos lo constituían las pérdidas que sufrían los comerciantes en la conducción de caudales de Indias, pérdidas debidas en su mayoría a los ataques que en tiempos de guerra y de paz hacían los ingleses al comercio marítimo español. Otro obstáculo al comercio, tal vez el más grave en con-

cepto de Cruz y Bahamonde, lo fueron más tarde las medidas onerosas adoptadas por la Junta y Consulado de Cádiz, en lo tocante a impuestos de guerra.

3.^a Capítulo IV hasta el final del manuscrito: Viaje por España, Francia e Italia. Cruz y Bahamonde parece como que trata de dejar en nuestro ánimo la impresión de que en este viaje llevaba una misión secreta del Gobierno español. A un alto funcionario del Gobierno francés que le interrogó sobre el particular contestó, sin embargo, negativamente, añadiendo que sus únicos móviles eran «el anhelo de adelantar en algunos conocimientos y el deseo de servir a la patria», lo cual era un medio de evadir la cuestión.

Para el itinerario de este viaje, puede consultarse el relato impreso a que ya hemos hecho referencia, en el cual, en notas marginales al principio de los tomos, Cruz y Bahamonde indica las fechas de las varias etapas del viaje. Dicho relato empieza con su partida de Ocaña, en 4 de Abril de 1797. A principios de Septiembre del mismo año, Cruz y Bahamonde se halla en Génova, en donde es testigo presencial de la revolución fomentada contra el gobierno de dicha República por los agentes de Napoleón. Su estancia en Roma dura desde Octubre 11 a Noviembre 9 de 1797. En Marzo de 1798 se halla en París, y en 25 de Mayo subsiguiente está de vuelta en España. En Marzo de 1799 regresa a Cádiz, punto de partida del viaje. El relato del manuscrito termina con la llegada de Cruz y Bahamonde a París, pero en cambio, en él se describe detalladamente la primera etapa del viaje (de Cádiz a Aranjuez y a Ocaña), de la cual no se hace mención alguna en el relato impreso.

Contiene el manuscrito, además de las «anécdotas», un bosquejo de la revolución de Génova (1797), en el que se critica severamente la política de Napoleón en Italia, y otro de la Revolución de Francia, «que tantos males ha causado a esa nación y a toda la Europa, excepto a Inglaterra».

Un dato curioso es el siguiente: Cruz y Bahamonde, durante este viaje, viste uniforme de oficial, no el de oficial del ejército español, sino el de oficial de milicias chilenas.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Y como oficial chileno, representando a la nación española, es recibido y obsequiado por las autoridades militares en todos los lugares que visita. Quizás sea ésta la primera vez que al uniforme criollo se le tributaban tales honores en el extranjero.

En Roma y en Bolonia (según el manuscrito) Cruz y Bahamonde es objeto de las más finas atenciones de parte de los jesuitas que habían ido a refugiarse allí a raíz de la expulsión.* Véase cómo describe su encuentro con el Abate Molina, paisano suyo y antiguo amigo de la familia:

Es un lindo y divertido paseo el viage de Modena a Bolonia por la multitud de cortijos y arbolados que se ven en su campiña, la cual en esta razón abunda de uvas y frutas. Alguna cosa incomodaba en el tránsito la multitud de carros que conducían sus cosechas a Bolonia. Luego que me bajé del coche en la posada, fuí a ver de sorpresa al s.^{or} Abate Don Juan Ignacio Molina. No me anuncié como paisano ni como amigo. Cuando me vió creyó que era uno de los extranjeros curiosos que visitan a los hombres aplicados. Después de haber hablado de cosas indiferentes, le pregunté si tenía idea de mí? Se suspendió un momento y respondió que no. Le añadí no es extraño, cuando hace veinte y nueve años que no nos vemos que era el tiempo que había corrido desde la expulsión de los Jesuitas. Entonces me echó los brazos. Nuestra alegría fué recíproca, pues nos habíamos correspondido por cartas desde Cádiz. Me ofreció con instancia su casa, que acepté gustoso para tener la satisfacción de tratarle de cerca. Efectivamente, fué para mí muy deliciosa su amable compañía los días que estuve en esta ciudad. En unión suya visitamos el instituto, y los demás establecimientos y objetos curiosos que adornan a Bolonia. Un día nos dirigimos a un convento p.^a ver una célebre pintura. Se hallaba ocupado por un cuerpo de tropas polacas q.^e componían parte de la guarnición francesa. Se inquietaron cuando vieron la cucarda encarnada, suponiendo que yo fuese parmesano; pero se tranquilizaron al oír que era español amigo de ellos.

En los párrafos anteriores, escritos con objeto de dar una idea general del presente manuscrito, hemos dado ya algunos detalles acerca de la vida del autor.

A éstos agregamos ahora las siguientes, tomadas, en su mayor parte, del tomo II (1928) del *Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile*, obra de don Virgilio Figueroa.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde pertenecía a una de las principales familias de la región del Maule. Fueron sus

padres el maestro de campo don Juan de la Cruz, corregidor de Talca, y la señora Silveria de Bahamonde. Entre sus hermanos es digno de especial recuerdo don Anselmo de la Cruz, caudillo de la Independencia, no obstante las ideas realistas de la familia.

Cruz y Bahamonde poseía grandes propiedades en Talca, entre ellas la famosa hacienda de Quechereguas, donde se libraron varias batallas de la Guerra de la Independencia.

«En unión de su hermano D. Juan Manuel de la Cruz, fundó en Talca el primer hospital, sin recurrir para ello a los auxilios oficiales, que se acordaron después, cuando ya se había hecho la benéfica fundación».

Se expatrió de Chile en 1783, estableciéndose en Cádiz, donde casó con doña María Joaquina Jiménez de Velasco.

Fué miembro de varias Academias, entre ellas la de las Bellas Artes de Cádiz, que le nombró su Consiliario.

En 1797 fué condecorado con la Cruz de Carlos III.

Más tarde, probablemente en 1808 (4), fué creado Conde de Maule, nombre que, en homenaje a su memoria, lleva todavía una calle de Cádiz.

En 1820 y 1821, Cruz y Bahamonde asistió al Congreso en calidad de Diputado. Allí tuvo por colegas a políticos como Martínez de la Rosa, Tapia y Toreno, que eran al par hombres de letras. Un asunto que por entonces se discutió mucho en Cortes, fué el restablecimiento de los Je-

(4) Según la portada del tomo I del *Viaje*, publicado en 1806, Cruz y Bahamonde era ya para esta fecha «Consiliario de la Real Academia de las Bellas Artes de Cádiz». En los tomos II, III, IV, V y VI, este último publicado en 1808, sigue llamándose «Consiliario...», sin añadir ningún otro cargo ni título. El título de «Conde de Maule», como distintivo adicional de su nombre en la portada de la obra, aparece por primera vez en los tomos X, XI y XII, publicados en 1812. (Los tomos VII, VIII y IX se publicaron en 1813). Todo lo cual equivale a decir que la concesión de dicho título no es anterior a 1808 ni posterior a 1812.

Ahora bien, según el señor Figueroa, dicho título fué concedido a Cruz y Bahamonde por Fernando VII; y como es de suponer que ello sucediera hallándose dicho rey todavía en España, la fecha tendría que ser 1808. Mas antes no pudo haber sido, por lo ya indicado, ni tampoco creemos que fuese después, toda vez que para fines de Abril de 1808 el rey Fernando iba ya camino del destierro en que había de permanecer hasta 1814.

suitas en España, decretado por Fernando VII en 29 de Mayo de 1815. Los constitucionalistas, claro está, se oponían a dicho decreto. En Cruz y Bahamonde, que militaba en el bando de derecha, la Compañía tuvo en esta ocasión su más fiel defensor (5).

En una obrita de carácter cómico intitulada *Condiciones y semblanzas de los Diputados a Cortes para la Legislatura de 1820 y 1821*, que vió la luz pública en Madrid, en 1821, dice su anónimo autor, recurriendo con fina malicia al uso del gallego al pintarnos a Bahamonde:

«Pareice bon home è grande enemigo dos monipodios de Filipinas, è dos outros mercachifles, pero fala à trompicones como falamos os gallegos, ò como facen as sogas os sogueiros de nosa terra».

Así, según el malicioso anónimo, hablaba Cruz y Bahamonde el español, «à trompicones como falamos os gallegos», lo cual quizás se deba a influencias recibidas en el hogar paterno durante sus años formativos. Pero es el caso que también en la manera de escribir de nuestro criollo hay señales demasiado claras de este defecto lingüístico, como podrá notarlo quien lea la obra manuscrita de que son objeto estos *Apuntes*. Esto, sin embargo, no aminora el interés de dicha obra. Antes al contrario, podría decirse que el tal defecto es una de las cosas que contribuyen a que la obra se lea con deleite, como lo es también—en otro aspecto de aquélla—la ingenuidad con que el autor se pinta a sí mismo al describirnos algunas de sus impresiones.

Don Nicolás de la Cruz y Bahamonde—dice el señor Figueroa—era muy amigo de Don Ambrosio O'Higgins, gobernador de Chile y del Perú y cuando salió de Talca, en 1783, para no volver a verla, se llevó consigo a Don Bernardo O'Higgins, de quien fué tutor en sus años juveniles y le tuvo a su lado en Cádiz antes de que, como su apoderado lo enviase a recibir su educación en Inglaterra. O'Higgins le escribía de Londres a su apoderado y entonces se firmaba con el apellido de su madre: Bernardo Riquelme.

(5) *Diario de las actas y discusiones de las Cortes. Legislatura de los años 1820 y 1821*. Tomo III, Madrid, 1820.

II.—TEXTO DE LA CRÓNICA

CAPÍTULO I

Paseo desde Talca a la Concepción de Chile: bellas cualidades de un gobernador: suerte de un comerciante: situación de la Concepción y proporciones para un gran comercio. Regreso por Penco a Talca. Viaje a Santiago. Su comercio. Minas. Se recomienda la industria. Anécdota de otro comerciante.

Hallándome en la primavera de la edad, admiraba la suerte de un coronel irlandés, a quien había confiado el Rey el mando de las Armas (a). Apreciaba yo su reputación y deseaba conocerle de cerca. Con esta mira me trasladé desde la ciudad de Talca, mi país natal, a la Concepción de Chile. Apenas me presenté merecí en su trato tal distinción que frecuentemente me obligaba a visitarle. De esta confianza resultó nuestra íntima amistad, la cual permaneció hasta su muerte, acaecida en Lima después de haber obtenido los mayores honores que presenta la carrera militar y política. Su carácter era pensativo y muy reservado. Amaba la sociedad, cuanto le permitía el decoro y la subordinación, que celaba en extremo. Con tan bellas cualidades se hacía amar y respetar al mismo tiempo.

Inmediato a la Concepción sigue su curso el Río Bio-Bío que divide el estado Araucano del territorio español. El cacique *Ayllapán* hacía correrías en las fronteras. El gobernador le reconvino sobre la infracción de los tratados, amenazándole que, si no se contenía, castigaría sus insultos. El cacique orgulloso le respondió que él era Rey, que era Obispo, y que no tenía obligación de dar cuenta de sus acciones: que hiciese lo que quisiere. El Jefe, con este motivo, reunió 300 hombres, y le asaltó de sorpresa, en su propio país, quitándole la vida. Este hecho infundió tal

(a) Los Reyes de España han concedido a los irlandeses el privilegio de españoles. Este Jefe comenzó la carrera militar en edad de 40 años, después de haber sido desgraciado en el comercio y murió de Teniente General después de haber obtenido el virreinato de Lima.

terror en los cuatro Butalmapus, que comprenden aquella célebre República, que no han faltado hasta ahora a la fidelidad al Rey. La Corte aprobó la conducta del gobernador, cuyos oficios dejaba cuidadosamente sobre la mesa de la secretaría para inteligencia del público. Yo presencié las visitas que en diversas ocasiones le hicieron algunos caciques. Estos le repetían con mucha formalidad las protestas de su sincera amistad, y el Jefe manifestándoles con mucho decoro su estimación, les encargaba la observancia de los tratados, añadiendo, «que si alguno fuese osado a contrariarlos, tomaría la misma resolución que había ejecutado contra el rebelde *Ayllapán*». Celebró con los Indios dos parlamentos generales en diversas épocas, manteniendo el orden, y poniendo freno a cualquiera inquietud que intentase perturbar la buena armonía establecida entre ambas naciones (b).

En 1782, con motivo de la guerra con Inglaterra, se hallaba surta en el Puerto de Talcahuano la escuadra española, al mando de don Antonio Vacaro. No sólo el general y comandantes de los buques, sino todos los oficiales contaban con su mesa, la cual igualmente franqueaba a los particulares de alguna recomendación.

Un día, entre los comensales, se presentó un hombre de *poncho*, que allí llaman *huaso*. Previendo el Jefe que tal vez nos parecería, por su ropa, poco decente, profirió, dirigiéndose a nosotros, estas expresiones: *el señor fué mi compañero en armas haciéndose honor contra los Araucanos el año de 70*. ¡Qué política tan útil para los que mandan, y cuán fácil para honrarse a sí mismos y a los que se han distinguido! Su mesa era frugal, y sin embargo, apenas

(b) Los araucanos que siempre se han manifestado fieles a los tratados, conservan eternamente los papeles que se les entregan. En las inquietudes que han habido últimamente, los insurgentes han procurado ganarlos a su partido, pero ellos no sólo se han desdeñado de oírlos, sino que les han acometido diversas veces, y ha sido tal su entusiasmo, que cuando les tomaron el fuerte de San Pedro, hicieron quitar los ladrillos del pavimento, por no pisar las losas que habían pisado los traidores a su Rey. En los diarios se repite con admiración que se debe más a estos indios que a los mismos españoles.

le alcanzaba el sueldo, a pesar de lo barato del país, para estas atenciones, como le oí quejarse algunas veces.

En esta época arribaron a la Concepción Mr. Dombey, Ruiz, y Pavon, botánicos, el primero francés y los otros españoles, los cuales tuvieron muy buena acogida.

Al célebre aunque desgraciado viajero, Mr. de la Perouse, le obsequió el Gobernador en tales términos, que este sabio marino honra su memoria en la relación de su viaje.

No hay para qué detenerse en la amable acogida que dió a los señores Maláspina y Alava cuando se presentaron en Chile en sus diversas expediciones. Por incidencia daremos más adelante otras noticias de las miles disposiciones con que honró su gobierno cuando tuvo el mando general de aquel Reino.

En el comercio había un sujeto que trasladado de Vizcaya se había adquirido gran caudal en pocos años. En este país naciente, de pocas relaciones, parecía un fenómeno la tal fortuna. Tuve un gusto de tratarle con intimidad para penetrar sus ideas. Encontré, pues, un hombre de buen juicio dedicado enteramente a sus especulaciones mercantiles. Su conducta, por consiguiente, era muy laboriosa y económica. Refería que en 1770 lo había enviado un tío suyo desde Lima a la Concepción, con una corta factura. En aquella época era la guerra con los Araucanos. El cuartel general se hallaba en esta ciudad, en donde abundaba el dinero y escaseaban los efectos. Logró vender sus mercaderías, duplicando el capital. Luego volvió a Lima a proporcionarse nuevos surtidos con más inteligencia. No pasó mucho tiempo sin que fletase embarcaciones para conducirlos desde el Callao, pues las cortas relaciones entre ambos puertos escaseaba las ocasiones para las importaciones y exportaciones. Después compró un buque con el cual daba todo el impulso a su comercio. En Concepción distribuía el dinero entre los cosecheros de trigo, transportando estos granos a Lima, desde donde sacaba en retorno azúcar y otros efectos. A mano se sembraba en las inmediaciones de Concepción más que lo preciso para su consumo. Viendo el buen despacho que tenían sus trigos en Lima, trató de darles más estimación

~~la ciudad y hacíame acompañar al mayor de~~
~~plaza p^a que vivía el parque y hacíame un singular~~
Seguimos a Folori alas quince de la tarde. Luego me
dirigi a casa del Comandante de la plaza. Pasamos un
corraón el parque y la alameda me convidó con mi
tunica al teatro. Le dije que iría por la noche, apro-
chando el rato de la tarde en ver la ciudad. Después
de las oraciones, a penas me presenté en el teatro,
se acercó a mí un oficial diciéndome: El comandante
espera al conde palcos. En el fin presen-
tado por el Comand^{te} alas generales señalamos, me
viendo a todos la mayor atención. Me volví a
la posada alas 10 de la noche, a comer, pues con
las circunstancias me había abridado de una pre-
cisa diligencia, como me sucedía con frecuencia
en el curso del viaje.

El día siguiente ala noche de la mañana
se me presentó un sargento, se ordenó del Comandante
conduciendo a un español tan audaz como que, por culpa
de la ropa, se había sospechado y era berseguido; bura
que yo lo fusara y sentenciara. A la verdad me pare-
ció extraña esta comisión, aunque ella denotaba
q^{ue} se había formado buen concepto de mí. Le pre-
gunté al infeliz si que pagar era natural? R. sí. Fole-
do. En ejercicio? Placero. Que estado? casado. Por que
se había extraviado una puercia? Por disgustos con su mu-
ger, y muy resuelto se había ido a Barcelona donde servía

plaza y despues deserto. P. Como no habia muchos años ban-
deras hecha la paz, aprovechandose del indulto? R. Acusado
de no estar comprendido en él. Si habia robado o
alguna cosa? Nada. Si habia herido o cometido
algun crimen contra especie? Ninguno. Que motivo
causaba su persecucion? La pobreza. Por que no tra-
bajaba? Por que siendo platero, viendolo tan malven-
tido, nadie queria recibirlo en su obrador. Encontrado
de compadron me volvi al Sargento y le dije: este hombre
se afirma en que renuncia el oficio de platero en España
que aqui por su mala ropa todos desconfian de él y
nadie quiere recibirlo, que jamas ha hecho mal a nadie.
Si esto es verdad, por que no se le conprueba delito,
me parece que la sospecha de su mal equipage no es un
crimen p^o ser perseguido: que solo dexé en libertad a
monstrandole que en el caso de cometer algun delito
seria castigado severamente. Efectivamente fue aten-
dida mi sentencia por que nada habia comprobado
contra él.

Concluido este acto me dijo el Sargento o-
ponga orden y acompaña al si quiera con el Sargento al.
No dirigimos desde luego intimando ya que renun-
ciare lo mismo que desobedecia. Lo recorri todo. Es co-
no que no tenia mucho que ver por que desde el incon-
dita que fuieron los ingleses no se habia podido repurar.
Entrare en dos elms Jenerai, y tambien abordo de uno

con el aumento de la fanega. Influyó en el Cabildo para que se arreglase la medida un $8\frac{1}{3}\%$ (6) más que la común, con la mira de traerse la preferencia. El pensamiento le salió bien. El trigo de la Concepción es en Lima más estimado por esta ventaja. En el año de 1782, que yo estuve en Concepción, ya tenía este individuo tres fragatas en continuos viajes en la carrera de Talcahuano al Callao. A él se debía el fomento de la agricultura de la Provincia, bien que para sí había sacado el mayor provecho, pues se decía que había juntado un caudal de cuatrocientos mil pesos (c). No faltaban otros que ponían su esmero en seguir las mismas huellas, pero el primero se aventajaba a todos con su gran capital y vastas relaciones que había adquirido en este giro.

La situación de la Concepción en 36 gr. de latitud S., con el hermoso puerto de Talcahuano dos leguas distante, es susceptible de mucho aumento en la agricultura, y de un gran comercio. La mar abunda de pescados, y de toda clase de cetáceos. Su benigno clima (aunque diametralmente opuesto) tiene muchísima analogía con el de Cádiz en igual latitud N. Las uvas allí son exquisitas y abundantes, y de consiguiente sus vinos son muy celebrados, aunque no han llegado todavía a la perfección en el modo de hacer las vendimias y en el manejo del mosto. Conforme se vayan mejorando y aumentando las plantaciones, tomarán más incremento sus relaciones que pueden extenderse no sólo hasta Lima, sino por toda la prolongadísima costa hasta California. En fines del siglo pasado, dirigió un hermano mío en compañía con don Pablo Hurtado, una fragata cargada con frutos de este país, la cual fué apresada por un corsario inglés a la entrada del puerto de Acapulco. Su maestre me escribió desde México que si no hubiera sido por esta desgracia, se hubiera duplicado el valor del cargamento por la estimación que tenían los frutos en aquellas partes.

Regresamos por Penco, que dista cuatro leguas de Con-

(6) 13%, según el primer borrador.

(c) Cuando falleció, ya entrado el presente siglo, se le calculaba doble capital.

cepción, para ver sus ruinas. Nos hospedamos en un molino harinero que domina la mar. Por la madrugada correspondía la baja mar. Horrorizaba la ondonada que causaba la vaciante. Más de mil gaviotas se avanzaban a comer la multitud de peces que se descubrían.

Las ruinas de Penco se observan en la ribera de la mar a la entrada de la gran rada que forma la ensenada. El puerto de Talcahuano está situado en lo interior de la bahía. A mediados del siglo 18, de resultas de un terremoto, se elevaron las aguas inundando la ciudad de Penco en términos de quedar destruída. Las iglesias y casas se observaban sin techos ni bóvedas superiores, pero las paredes de ladrillo se conservaban en bastante altura, y las calles se manifestaban claramente. Aun está en uso el castillo que la cubría. Sus habitantes se trasladaron algunos años después desde Penco a la Concepción, situada en un arenal denominado *Mocha*. (7).

Continuando el camino, a pocas jornadas, pasamos el copioso río Itata en una balsa, que podía servir de recuerdo de las primeras que se construyeron en el mundo. Unos palos atravesados sobre otros, malamente atados, hacían todo el artificio.

Llegamos al caudaloso Maule, que dista unas 60 leguas al norte de Concepción. Lo pasamos en barco calafateado, con sus remos, hecho en regla. Desde este punto a su desembocadura se calculan 30 leguas. Parece que sería útil la fundación de una villa en la parte septentrional que domina al río. Este convendría hacerlo navegable, redu-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

(7) En nota a un pasaje del *Compendio de la historia civil de Chile*, del Abate Molina (pág. 50), dice Cruz y Bahamonde lo siguiente refiriéndose a Concepción:

«Esta ciudad se arruinó con los terremotos y salidas de la mar que padeció en 8 de Julio de 1730, y 24 de Mayo de 1751. Con este motivo se trasladaron sus habitantes, en 24 de Noviembre de 1764, al valle llamado *Mocha*, distante tres leguas de Penco, al sur, entre los ríos Andalién y Bío-Bío, donde fundaron la nueva Concepción. El puerto se estableció en el centro que forma la ensenada, nombrado Talcahuano, dos leguas poco más al poniente de la *Mocha*, cuya situación, por lo bajo del terreno, no parece que está muy a cubierto de las inundaciones en caso de temblores. En Penco sólo ha quedado una fortaleza».

ciendo su cauce en algunas partes, hasta la mar. En este caso, la nueva población se daría la mano con la ciudad de Talca, que le está inmediata, para su comercio. Los ríos de esta clase proporcionan grandes bienes a las poblaciones por la exportación de sus frutos, e importación de los artículos que necesitan. En Europa, las ciudades más opulentas están colocadas sobre las márgenes de los más grandes ríos. Roma, París y Londres, dan testimonio de esta verdad.

Penetrados mis hermanos del beneficio que resultaría a la provincia y a las limítrofes de establecer un puerto en la boca de Maule, han expedido cuantiosas sumas en la construcciones de buques de varias clases para emprender el giro de Lima y de los puertos intermedios, teniendo la desgracia de no haber logrado el efecto que se deseaba. Una fragata se perdió a la salida del puerto y otros bergantines fueron apresados. En todo puerto nuevo se carece de los auxilios para la fácil expedición de las embarcaciones. La guerra también es un obstáculo para las empresas marítimas. Talvez en tiempos más tranquilos se verificara tan benéfico proyecto. En su distrito abundan las maderas de construcción. La sal, las papas, los granos, toda clase de frutas, y los ganados vacunos, lanar, mular y caballar son muy comunes en esta provincia. En sus montes se encuentran no pocas minas de oro, y en los arroyos que descenden de ellos, se ocupan muchas gentes en recoger el oro en polvo, lavando las arenas. Así como aquel metal, por ser más pesado, se queda atrás en la batea, (d), así lo separan con prolijidad de la arena, de que sacan un buen jornal. Por la parte de la cordillera de los Andes, hacia el *Huaico*, se conducía a Talca, en sacos de cuero, un carbón de piedra tan jugoso que lo destinaban para Alquitrán o Brea. Al presente que el gas carbónico que produce merece la mayor estimación en la Europa, para la navegación en los barcos de vapor, debe tenerla también en Chile si se llega a emplear en el mismo destino,

(d) Muchos usan la mitad de una batea que llaman *Porteña*, para lavar la arena y extraer el oro.

prescindiendo del uso que se pueda hacer en las luces o iluminaciones.

Desde Talca a la ciudad de Santiago, capital del Reino, se calculan ochenta leguas. El camino, por la mayor parte, es ameno y divertido. Abunda la caza de volátiles. En muchos momentos hice uso de la escopeta. La hospitalidad de estas gentes es admirable. En todas partes me recibían con el mayor agrado. Jamás, ni en la más humilde choza, me admitieron algún dinero en recompensa de sus liberalidades. Solamente recibían, a mis instancias, un poco de yerba del Paraguay, y de azúcar, para el uso del mate, especie de té, a que están acostumbrados.

La silla del gobierno había dado a esta hermosa ciudad su engrandecimiento. Tenía todos los Tribunales y establecimientos respectivos a la primera capital del Reino. En ella se hallaba también reconcentrado su comercio. Según el cómputo que se hacía en aquella época, el tráfico interior de todos los partidos con la Capital en sus diversas producciones, se calculaba en un millón de pesos: el que tenía con Lima, en trigos, cebos y frutos del país, en setecientos mil pesos: el comercio con España ya directamente, como por la vía de Buenos Aires, en un millón y doscientos mil pesos: y el que se empleaba en Buenos Aires en la yerba del Paraguay, trescientos mil pesos. Por manera que todo el comercio de aquel reino se computaba en tres millones doscientos mil pesos. Las minas de oro producían al año un millón de pesos. Las de plata unos doscientos mil pesos. El cobre que se sacaba de las minas de Coquimbo, Copiapó y Huasco se calculaba en 16 mil quintales. La riqueza de Chile tomaría más incremento si se pusiese en movimiento su descuidada industria. Abunda de lanas y de cáñamo. El lino se produce de excelente calidad. ¿Cuánto beneficio recibiría la población con la fabricación de estos tejidos? Es fácil calcularlo. La seda también debe ser muy adaptable a Chile por su benigno clima. El gusano que la produce ha peregrinado del Asia a la Europa, será trasladado con el tiempo a la América meridional (e).

(e) Hace muchos años que fué trasladado a Nueva España.

Por lo que toca a las cosas más singulares de este reino se puede registrar la *Historia Natural y Civil de Chile*, escrita por el Abate Molina, 2 tomos en 4.º

Antes de dejar a Chile, apuntaremos esta anécdota. Entre los comerciantes de Santiago, había uno que, por su vasto giro y muchas relaciones, llamaba mi atención. Era americano, natural de Guatemala, el que se había trasladado niño y acompañando en sus viajes a un religioso que hacía de Capellán en un buque que traficaba de Lima a Chile. Instruido en los artículos que se conducían de uno a otro país, pensó en arreglar una pequeña pacotilla. El capellán le dió cincuenta duros, primer honorario de su trabajo. Estos los empleó en Lima en *chancaca* (que son las heces de la azúcar), la cual vendía en Chile, comprando con su producto frutas secas y en conserva, que despachaba en Lima con bastante utilidad. Así fué adquiriendo dinero y crédito al mismo tiempo. Cuando adelantó su capital, emprendió compras de azúcar de entidad, y de otros efectos que conducía a Chile, retornando a Lima los efectos de más consumo. Después estableció su casa en Santiago, dando atención a su comercio en lo interior del reino, y abrazando el de Buenos Aires que él surtía de la yerba del Paraguay. Ultimamente adoptó el giro de España, el cual le proporcionó grandes ventajas. Esto manifiesta cómo la sabia Providencia favorece a los genios aplicados. Era hombre muy laborioso y de tino particular para sus empresas. Cuando falleció, dejó un caudal de quinientos mil pesos y una buena memoria en el concepto general de aquellas gentes por su honradez y generosidad. Nos tratamos con la mayor estimación y confianza. Nuestra correspondencia, en que se mezclaron intereses de mucha consecuencia, se conservó hasta el fin de su vida.

CAPÍTULO II

Ocurrencia en el paso de los Andes hasta Mendoza inclusive. Anécdotas en la carrera de Postas. Ingreso en Buenos Aires. Ligera idea de esta ciudad. Navegación a Montevideo y a Cádiz.

En 8 de Abril de 1783 partimos de Santiago para la cordillera de los Andes. A pocas leguas se comienza a subir a estas grandes montañas. Nos reunimos seis individuos para emprender la caravana, entre los cuales se había juntado una suma de trescientos mil pesos en plata y oro, que conducían 33 mulas de carga con sus arrieros y capataz correspondiente. Para que no faltase capellán, se nos incorporó un religioso Agustino que iba a Roma. Tomamos un hombre del Paraguay que se encontraba en Chile, práctico de estos caminos, para que nos acompañase, asignándole cien duros de salario. Una nevada nos cayó ya internados en la cordillera. Los arrieros trataron de descargar al raso. Nosotros pedíamos que la carga se pusiese al abrigo de una gran peña que se encontraba cerca, y que los pasajeros, dejando al paraguayense al cuidado de los caudales, fuésemos a dormir en una de las casuchas de ladrillo edificadas para estos casos, que se hallaba a no mucha distancia. Habiendo despreciado los arrieros nuestro acuerdo, el paraguayense tomó su sable, y como un león se arrojó sobre ellos, repartiendo tantos golpes, que no les dejó lugar para la defensa. Todos echamos manos a las armas. Los arrieros, viendo que sosteníamos la resolución del valiente paraguayo, se redujeron a hacer lo que pedíamos. Continuamos después en buena armonía. Yo les hice dar al día siguiente, para contentarlos, un gran almuerzo de costillas de vaca en adobo, compuestas con mucho caldo y pimiento, de que todos comimos; y además abundante vino de Penco; con lo cual se olvidaron los agravios, y ni el frío sentíamos.

Luego subimos la montaña de los Caracoles, que es la más elevada en este camino. Sus vistas se extienden inmensamente. El hombre común, cuando se ve en estas

alturas, se arredra de sus precipicios y desea salir pronto de ellos. No así el filósofo que todo lo examina. Admira estas grandes masas que presenta la naturaleza, discutiendo sobre su composición y descomposición y aun sobre los modos de hacerlas útiles y de sacar ventajas de ellas. Se encanta de cuanto se presenta a su vista, y siente ser pasajero de rutina como los demás, porque quisiera registrar las cosas más singulares. Mas, en estos momentos, no se podía detener, ni separar de la compañía de los viajeros, ni adelantar nada careciendo de todo instrumento para las observaciones.

Por lo demás, bien conocimos en el estrecho paso de la *Ladera de las vacas* que se podía ampliar el camino, no sólo para el tránsito de las mulas, que seguían una a otra con peligro de ser precipitadas; sino para el uso de los carruajes, haciendo una excavación de doce o más varas a la montaña. Efectivamente, el capitán general de Chile, don Ambrosio O'Higgins, dispuso después esta operación: él mismo que en tiempos muy anteriores proyectó y dirigió las casuchas de bóveda de ladrillo que se ven en estas montañas, e hizo mejorar, bajo de su gobierno, el camino de Santiago a Valparaíso, y enlosar las calles de la Capital.

Cuando caminábamos por un valle de los que hay entre estos montes, nos encontramos con una partida de trescientos negros, que conducía, montados de dos en dos, un comerciante de Buenos Aires (f) a Chile, para transportarlos desde Valparaíso a Lima. En el momento que nos vieron los negros, gritaron *capianco*, *capianco*, ladrones, ladrones. No obstante que, desde que nací, fui servido por esclavos; con todo, siempre he mirado con horror este ramo de comercio de carne humana. Mi espíritu se atribulaba reflexionando los principios tiránicos con que se hacen la guerra en Africa los unos a los otros para venderse. Después los observaba casi desnudos siguiendo el curso de la vida infeliz que debían sufrir, hasta ocuparse en los penosos trabajos de la labor de la caña dulce. Solamente me consolaba la memoria de que en Chile se

(f) Lezica.

ven pocos, pues a excepción de los que hay en la capital de Santiago, apenas se encuentra tal cual en las ciudades y villas interiores, donde los oficios están repartidos entre los naturales.

¡Qué hermoso ojo de agua encontramos en medio de la misma vereda por donde seguía el camino! Se podía reputar, sino por un buey, por un becerro de agua. Las mulas, cuando nos acercábamos, corrían a meter el hocico en la espuma que levantaban sus borbotones. Yo la bebí con mucho gusto.

Todos los pasajeros enfermaron de los ojos con el reflejo del sol sobre la nieve. Mi quitasol era de plumas de avestruz, y en lugar de hacerme sombra, como practicaban los demás con los suyos de tafetán, lo ponía hacia bajo contra el reflejo del sol, mediante lo cual pude impedir la reflexión de sus rayos, y conservar la vista sin la menor incomodidad. Algunos se prevalen de espejuelos verdes, que son útiles en estos casos.

Son muy graciosos los puntos de vista que presenta esta cordillera en diversas partes. En el Puente del Inca hay, además, que admirar sus cristalizaciones. Con más detención, y menos cansancio, algo se podría expresar con la pluma (g).

Desde las minas de Uspallata me adelanté de madrugada, con un criado, para llegar más temprano a la ciudad de Mendoza, situada en la parte oriental de los Andes. Llegamos a las 12 del día. Nos detuvimos en una de las huertas que forman la mayor parte de la ciudad. Agitado de la marcha, y del calor, apetecía frutas. Pregunté si había proporción para una ligera comida. El dueño se prestó gustoso. Hizo poner en la mesa media docena de huevos, un gran pan blanco y bueno, una botella de vino, una sandía, porción de peras, uvas y otras frutas, todas exquisitas. Cuando acabé de comer, dije al criado que pagase la cuenta. En el momento se presentó una mujer diciendo: *el pan, vino y huevos vale un real de plata, y las*

(g) Tal vez estará reservada para un buen pincel en los tiempos venideros la publicación de tan hermosas vistas.

frutas nada, porque se dan y no se venden. Conviene apuntar esta anécdota para que sirva de memoria de la feracidad del país y baratura en aquella época.

Esta ciudad sirve de escala para los que van y vienen de Chile a Buenos Aires. Todos se detienen algunos días, y sus gastos influyen bastante en su felicidad. Sus terrenos son pingües, abundan las plantaciones de viñas y frutales. Los vinos, pasas y frutas secas hacen su principal ramo de comercio con Buenos Aires. En sus campiñas se observan muchos ganados que se crían y aumentan con la fertilidad natural de los terrenos que producen copiosos pastos.

En la Concepción de Chile, determiné mi viaje para España. No dejaba de prever que era un obstáculo la guerra con Inglaterra. Se me ofrecían dificultades al parecer insuperables. No obstante, la sabia providencia, en cuyas manos ponía mi empresa, me inspiraba consuelos que siempre se verificaban. Uno de ellos era que en Mendoza encontraría la noticia de la paz general. En los ocho días que me detuve en esta ciudad, nada oí hablar sobre este particular. Resuelto a separarme de la comitiva, y de hacer el viaje en posta, me dirigí al correo para tomar el parte. Cuando iba por la calle, me ocurrió la especie, y consideraba que mi cálculo en este momento debía salir errado. ¡Cuál sería mi sorpresa, en el punto de hablar al administrador, el oír de su boca que acaba de llegar un extraordinario de Buenos Aires con pliegos que conducía a Chile la noticia de la paz general! Mi alma se penetró del más vivo reconocimiento al Ser Supremo, conociendo su especial protección. Este incidente me facilitaba el transporte en derecho a Cádiz, en la misma fragata de guerra que había conducido los preliminares de la paz, como lo verifiqué; cuando de otro modo era menester adoptar el círculo costoso y penoso del Janeiro a Lisboa.

Luego busqué un práctico de los más diligentes en esta carrera para que me acompañase. El religioso Agustino se determinó a correr conmigo la posta. Partimos, pues, los cuatro a caballo con el postillón. Muchas observaciones se podían hacer en las dilatadas llanuras de las pam-

pas, ya para fundar ciudades, ya para repartir los terrenos entre los colonos, y ya para la plantación de arbolados, o sea sementeras de pinos de Flandes, a fin de proporcionar la leña de que carecen estas vastas campiñas. Mas, estas clases de apuntaciones exige detención, y no es proporcionada al que viaja en posta. Las cosas se presentan en todas partes en su primitivo estado natural. Las casas de postas son chozas miserables. Como abundan los caballos, en cada posta reunían a veces más de ciento para escoger los que debíamos montar. Un día me tocó un potro mal domesticado que, después de cinco corcovos, me despidió de la silla a bastante distancia. No recibí el menor mal. En el acto de ponerme en pie, ví que el caballo se había reunido a una piara de yeguas silvestres, y que todas corrían desatinadamente. El buen práctico que me acompañaba, tuvo mucho que correr para poder coger el caballo. Volví a montar en él, más, como estaba cansado, siguió la marcha sin inquietud.

La comida, por lo regular, se reduce a carne asada o guisada de vaca. Leche se encuentra en algunas partes. Lo mismo el pan y el vino. Otras veces, no obstante, hay que conducir ambas cosas de posta en posta, la cual cuando menos dista una de otra cuatro leguas.

En jurisdicción de Córdoba, llegamos a una infeliz choza a las 9 de la noche. Dentro de ella habían, a más de una mujer, dos o tres personas que apenas cabíamos sentados. Fuera de la choza se sentía un gran ruido de pisadas. Pregunté ¿qué significa ésto? Respuesta: «Son los mocetones que están bailando, los cuales han venido a coger burras silvestres porque se ha presentado un comprador que las paga bien. Añadí ¿a cómo las paga? Respuesta: a dos reales, y se le han entregado setecientas». No creo que pueda darse un testimonio más evidente de la abundancia de animales en estos campos. Yo mismo quedé admirado, y de que no fuesen propiedad de alguno, pues los cazaban como bienes comunes.

Un día nos encontramos con un hermoso caballo de buena talla, silvestre. La crin del cuello le bajaba más de media vara, y la cola le arrastraba: su color alazán, la

cara asombrada, las narices abiertas, iba solo, con paso detenido, como que se había enervado con nuestro encuentro. Parecía una pintura. Nos paramos para verlo pasar. El práctico decía que de buena gana cogería aquel *vagual* (que es el nombre que les dan) para conducirlo a Buenos Aires. Yo le quité de la cabeza el pensamiento, dejando gozar de su libertad a un animal que podía pasar por el rey de su especie.

En otras partes caminábamos entre avestruces como se puede caminar en un cortijo entre gallinas. No se movían, ni siquiera levantaban la cabeza para mirarnos a pesar del ruido de los caballos. Yo me dirigí a una, pero mi caballo quedaba siempre atrás de ella. Los hombres de campo las cogen con *laques*, que es una cuerda de pellejo de buey con dos piedras, una en cada extremo, forradas en lo mismo, con las cuales les tiran y las enredan. Los venados se veían cubiertos de la yerba en los lados del camino. Un perro que traíamos se entretenía en perseguirlos.

Una de las cosas notables es el mal olor que despide la orina del *chingue*, animalillo pequeño, de linda piel pintada, menor que el gato. A veces se caminan leguas por una campaña en que hace horizonte la vista por todas partes, sufriendo siempre el fastidioso hedor. Los perros con él sienten tanta inquietud, que se desesperan hasta meterse en los ríos. Parece increíble que tome tanta extensión la divisibilidad de la materia que causa tan pestilente infección procedente de su pequeña orina.

En las postas se decía que los indios pampas habían salido a sus correrías. Llegamos de noche a una de las más avanzadas para mudar caballos, y la hallamos desamparada por temor de ellos. Nos fué preciso pasar la noche en ella para dar descanso a los caballos. Mi religioso compañero se afligía de tal manera que creía iba a morir mártir. Nuestro práctico se reía de todo poniendo su empeño en hacer candela para tomar mate a que era apasionado. Se encendió el fuego de modo que no levantase llama, para que no se pudiese descubrir por los indios, y se viniesen sobre nosotros.

En otra posta estaban prevenidos de pólvora, balas y

diez escopetas. Un foso circuía la casa, con su puente levadizo: aquí nos contemplábamos seguros.

Otro día que habíamos caminado desde las 4 de la mañana hasta empezar la noche, por adelantar más el viaje, seguimos a otra posta que distaba seis leguas. Con la obscuridad de la noche nos perdimos sin encontrar recurso alguno para el abrigo. Había llovido mucho, por lo cual pasábamos lagunas de agua que llegaban hasta la barriga de los caballos. Continuamente se oían ladridos de perros salvajes. En un principio presumí que estaríamos cerca de algunas chozas; pero el práctico nos desengañó, asegurando que eran perros silvestres tan perniciosos como los lobos. Los caballos, después de media noche, se hallaban tan cansados que no podían dar paso. Desmontamos, para aliviarlos, en un terreno que parecía menos encharcado. Me quedé dormido de pie, arrimado al caballo, un momento. Luego oí trotar cabalgaduras. Me dirigí a ellas. Eran dos hombres que conducían una carga. Les grité varias veces, llamándolos para que se acercaran, pero ellos, temerosos de que fuésemos ladrones, no se determinaban a hablarnos. Con las protestas que les hice de que nos habíamos extraviado, y que deseábamos saber por dónde encontraríamos el camino que conducía a Luján, se acercaron, a la distancia de más de sesenta pasos, poniéndose en facha. Respondieron que siguiésemos sus huellas y encontraríamos el camino: que se dirigían a aquella villa a vender la carga de perdices que llevaban. Media hora después nos pusimos en marcha, y habiendo salido felizmente al camino, llegamos a Luján a las 7 de la mañana. Dista de Buenos Aires doce leguas. Descansamos aquí todo el día, y el siguiente, 14 de Mayo de 1783, entramos en Buenos Aires. En su ingreso se notaban muchas cercas de tunas, que daban idea poco favorable de su magnificencia; pero penetrando en lo interior ya era otra cosa. Las muchas casas nuevas indicaban el aumento de su población; por lo común tienen puesta sobre su portada la data de su construcción. Las más brillantes habían sido edificadas desde 1778, época del comercio libre de esta provincia con las internas del Perú y Chile. Me hos-

pedé en casa de D. Manuel de Basabilbaso, administrador de correos, amable americano y muy instruído. A su eficacia se debe el primer arreglo de las diversas carreras de postas con Chile y el Perú.

En esta ciudad se observaba bastante movimiento en el comercio. Sus relaciones con la metrópoli, con el Brasil, y con el Africa le daban las mayores ventajas. De lo interior del Perú, y de Chile, acudían a comprar efectos de Europa y negros. En las campañas se hacían grandes acopios de peletería para transportar a España. Muchas casas de comercio se habían formado en pocos años. El genio mercantil animaba a todos. Este genio, cuando ocupa la atención de las gentes, introduce la industria, el cálculo juicioso, y el complejo de operaciones que constituyen la felicidad de los países.

Tres meses y días me detuve en esta ciudad ínterin se habilitaba la fragata de guerra *Bárbara* para su regreso a Cádiz. Nada presentaba de agradable en su policía. Algunas calles parecían lodazales. En la plaza de la Aduana era menester ser volatinero para transitar por ella saltando de piedra en piedra. En este sitio he visto caer a una persona decente y llenarse de lodo. No había teatro. En las tertulias dominaba la pasión del juego.

Fuí convidado a dos famosas cenas y bailes que se dieron recíprocamente entre el Intendente de Puerto, con el nuevo que había entrado a sucederle. Todos los del ramo de hacienda se esmeraron en obsequiar a este último, así la función fué muy lucida por la abundancia y exquisito primor de la mesa, colocada en un gran patio entoldado, cuyos corredores estaban simétricamente adornados, como por la numerosa concurrencia. Mientras la juventud de ambos sexos bailaba, las gentes de más edad, que debían dar ejemplo, se ocupaban en jugar fuertemente a la banca, para lo cual se retiraban a los cuartos interiores: en estas partidas corrían con profusión las onzas de oro. Noté que la vanidad tiene mucha parte en esta clase de juegos. Lllaman hombre de espíritu al que más se expone y que se presenta en la desgracia o mala suerte con ánimo sereno. Equivocan la disipación con la generosidad. Los

hombres de poco juicio sacrifican sus caudales y se arruinan por aparecer falsamente desprendidos. La verdadera generosidad es la que se emplea en obsequio de la patria y de sus semejantes. Los tahures de profesión, diestros en el manejo de las cartas, son los que sacan partido de la debilidad de los demás, en estos juegos violentos.

El río de la Plata no tenía muelle. El embarque de las personas se hacía en carretillas con las ruedas bastante altas. Como las aguas que bañan sus márgenes, por esta parte, en un espacio considerable, no presentan mayor fondo, las carretillas corrían dentro de ellas, tiradas por un caballo, salpicando a los que iban dentro: eran una especie de muelle volante. Así arribamos a un canal en donde estaba el bote que debía conducirnos al bergantín que se hallaba anclado más afuera. El 20 de Agosto dimos la vela para Montevideo. Las vistas que presenta Buenos Aires desde el río son muy lindas, mezclándose las casas con los arbolados de un modo pintoresco. Se computan 40 leguas de distancia hasta Montevideo. Cuando se llega a cierto punto de esta navegación, se observa la línea, formada por las mismas aguas, que divide las dulces de las saladas. Yo las he bebido, tomándolas en un vaso por mi mano, encontrando las unas dulces, y a muy poca distancia las otras amargas. Tardamos 21 horas. No le sucedió así al otro bergantín que, por haber dado la vela una hora después, no pudo tomar el puerto, viéndose obligado por el viento contrario que le entró, a dar bordos en el río por espacio de ocho días, hasta que arribó a la Colonia del Sacramento, desde donde se trasladaron por tierra los pasajeros y los caudales a Montevideo. Cada bergantín conducía un millón de pesos, los cuales se embarcaron en la fragata de guerra *Bárbara*.

El puerto y muelle de Montevideo estaba bien ordenado. Mas, la muralla por parte de tierra se hallaba sin concluir, con varios portillos o derrumbios. Las isletas o manzanas de las casas presentaban muchos solares sin edificio alguno. Es regular que todo esto haya mejorado con la gran concurrencia de buques en aquel puerto. En la época de que hablamos, conté 35 fondeados en su bahía.

Cada vez que salíamos por la puerta de tierra, teníamos que admirar los desperdicios que tiraban del ganado vacuno que mataban para el consumo diario del vecindario. Las cabezas, las manos y pies sin descarnar, y los intestinos de las reses quedaban abandonados a los perros y los gusanos. En Chile había más economía, pues aprovechaban en sus matanzas estos despojos.

El 5 de Septiembre dimos la vela para Cádiz. Nos embarcamos más de treinta pasajeros y algunas pasajeras. Eramos unos 20 de primera mesa, parte de los cuales no cabiendo en la cámara, comían en la chopeta o camarita alta. El Intendente depuesto se embarcó en la misma fragata, el cual poco después de su llegada, fué ascendido al consejo. La reunión de tanta gente hacía la navegación muy divertida. Había aficionados que tocaban perfectamente la guitarra. En algunos momentos se bailaba, y siempre se jugaba. Yo tomé el partido de leer, pasando de este modo la mayor parte de las horas. No obstante, invitado a hacer partida de juego, tuve que condescender algunas veces.

El juego de bancas en algunas temporadas, entretenía a la oficialidad y a los pasajeros desde las ocho hasta cerca de las 12 de la noche. Entraban cuanto querían apuntar. El Intendente jamás se presentó en ella, a pesar de que le llamaban con instancia. Era muy circunspecto. En su camarote, que ocupaba media cámara, se le veía vestido con bata de damasco carmesí y gorro de seda. Un día, viendo colgadas las ordenanzas en que se prohíbe los juegos y otras cosas, me dijo: *Yo no sé para qué las colocan aquí si no las han de observar; más valiera que las quitaran.* El tenía razón; pero si cabe alguna tolerancia en la navegación, es en los casos de la reunión de tanta gente, para evitar la monotonía que causa la vista de unos mismos objetos, y el fastidio de verse todos reducidos a tan pequeño círculo.

En la línea, los calores hicieron tanta impresión en mi cuerpo, que me causaron algunas grietas en la espalda, bien que me prevenía con el refresco de naranjadas. Los continuos chubascos refrescaban la atmósfera y eran nues-

tro consuelo. Ellos nos la hicieron pasar en pocos días con felicidad.

Estando arrimado a la mura mirando a la mar, vi un gran tiburón de unas 6 varas de largo, que nadaba paralelo a la fragata, el cual me obligó a desviarme, porque son muy ágiles para hacer presa.

A bordo de la fragata venía un hermoso leopardo, que tenía dos varas de largo, un tigre, y un gato montés atigrado. Los dos primeros aun eran cachorros: el leopardo se jugueteaba con los que se le acercaban, dejando marcados a varios con su uñas.

En uno de los días de calma se representó la farsa del reino de Neptuno. Para esto se permitió que el guardián colocase en la fragata una especie de dosel en el alcázar, y una mesa delante con sus secretarios y un azafate en el centro. El comandante y oficialidad se retiraron a un camarote en la chopeta. Neptuno interrogaba a cada uno ¿con qué objeto caminaba por aquellos mares? La respuesta era, sin prevención, según le ocurría a los individuos. El término de la declaración se reducía a echar algunos pesos en el azafate para aplacar a Neptuno, que después se repartía el dinero con sus satélites; y a zampuzar en la mar dos marineros. La farsa duró pocas horas con cierta seriedad, que daba al acto un tono imponente.

La fragata daba continuamente a la bomba por la mucha agua que hacía, de resultas de haber dejado en el banco Inglés, cuando varó, algunos codos de quilla, de los cuales no se reparó en Montevideo. El comandante y oficiales estaban atentos a todo. Las observaciones se hacían diariamente con el mayor acierto. Cuando dijeron que estábamos cerca de la isla de la Trinidad, se nos presentó a la vista. Lo mismo se verificó en el descubrimiento del cabo de San Vicente. Anclamos en el puerto de Cádiz el día 11 de Noviembre, a los 67 días de navegación.



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

